

de 7 de febrero de 1792 (tratado de amistad y de alianza defensiva) (1). La cláusula mas importante de los diez artículos públicos de que constaba era la promesa de auxiliarse recíprocamente con 20,000 hombres en el caso de que uno de los dos Estados se viera atacado. La integridad de Polonia, el mantenimiento de «una Constitución libre» (y en su consecuencia no precisamente la de 3 de mayo) estaban garantidos y tácitamente se consentía la ocupación de Ausbach y de Bayreuth. De los dos artículos secretos del tratado el primero se refería á la promesa de llegar á una inteligencia respecto de la Lusacia, que habia de ser devuelta al Austria al extinguirse la casa electoral de Sajonia, bajo la condicion de una notable regularización de las fronteras en favor de Prusia; y el segundo disponia que los aliados se prestarían tambien auxilio en el caso de que estallaran desórdenes en el interior de sus territorios. Los Países Bajos austriacos, la Westfalia prusiana y la Frisia oriental quedaron excluidos del tratado. De buena gana hubiera querido el Austria que en él entraran los Países Bajos, y Kaunitz deploró su exclusion en el momento de ratificarlo; pero no puede censurarse á Prusia por no haberse dejado arrastrar á un juego tan desigual. La tendencia de la alianza, y su carácter exclusivamente conservador, que no podia inspirar cuidado á nadie porque no se proponia plan ninguno de conquista ni de engrandecimiento, aparece de manifiesto en la siguiente declaración del emperador, que Kaunitz puso en conocimiento de la corte de Berlin el día 20 de febrero: «Aun cuando la mayoría de las demás potencias, y las principales como Rusia y España, instaran para que se hiciese una contrarrevolucion que variase la Constitución francesa, Su Majestad imperial cree que no podria ni deberia tomar parte en tales planes, tanto menos, cuanto que no está convencido de su eficacia ni de su legitimidad, ni de la posibilidad de sostenerlos.» El emperador, decia además Kaunitz, encuentra muy conveniente el aumento de las fuerzas, de 40,000 á 50,000 hombres, pedido por Prusia; y en cuanto al envío de 6,000 hombres al territorio de Cléveris, ó por lo menos al de Ausbach, número que corresponde al de los refuerzos enviados á las comarcas del Austria anterior, el emperador lo consiente tambien «para hacer mas patente la unidad de voluntades, de intenciones y de medidas que existe entre ambas cortes.» Kaunitz terminaba el despacho diciendo: «De esta suerte, pueden considerarse de acuerdo Vuestras Majestades imperial y real en los puntos mas capitales y en cuanto á los pormenores no dejaremos de llegar á la mas cordial inteligencia con la persona de confianza cuya próxima llegada esperamos.» Así, el que hasta entonces habia sido enemigo irreconciliable de cuanto á Prusia de cerca ó de lejos se refería, habia aceptado con entusiasmo la alianza prusiana, cambio de opinion que se debió á la Revolución francesa, al ardiente deseo de paz que sentia Leopoldo y al profundo conocimiento que este emperador tenia de los verdaderos intereses de su Imperio.

El emperador, entre tanto, contestó al gobierno francés dándole las explicaciones necesarias sobre el real decreto de 14 de diciembre, en el cual habia prometido defender los derechos del elector de Tréveris en el caso de que se vieran atacados, á cuyo efecto habia transmitido las órdenes oportunas al general Bender. Mas adelante se dijo que el elector se habia declarado pronto á seguir respecto de los emigrados la misma conducta que se habia adoptado en los Países Bajos y que el emperador le habia recordado por medio de un

(1) El proyecto procedía de la cancillería de Estado de Viena y estaba redactado por el modelo del tratado de Versalles de 1756. Ranke, *Guerras de la Revolución*.

embajador especial el cumplimiento de su promesa; por lo demás, Francia no podia ver un peligro en los 4,000 hombres que se encontraban reunidos en Tréveris. Sobre esto, Kaunitz habia manifestado con la mayor moderación al ministro de Tréveris (6 de febrero) lo siguiente: «En el caso de que por no haber seguido las órdenes comunicadas, se produjeran, en los territorios de Tréveris ó en cualesquiera otros del Imperio, por instigaciones de ese electorado, escenas desagradables, S. M. no moverá un solo dedo ni pondrá en movimiento un solo hombre.» De esta suerte, quedó zanjada la cuestion de los emigrados y fueron vanos los esfuerzos de los príncipes franceses para conseguir su objeto por el medio indirecto de Rusia ó de España. Sin embargo, la Gironda, amante de la lucha, no se mostró satisfecha y despues de un largo prelude parlamentario presentó la siguiente proposición: «El emperador que con el tratado celebrado con Prusia en 25 de julio y con sus notas de 12 de noviembre y 21 de diciembre ha violado la alianza de 1756, deberá contestar antes de 1.º de marzo si quiere continuar viviendo en paz con Francia y renunciar á toda alianza contraria á la independencia de la nacion francesa, teniendo entendido que la no contestación ó una contestación poco satisfactoria será considerada como una declaración de guerra.» La nota que en respuesta envió Kaunitz, en 17 de febrero, al plenipotenciario austriaco en Paris, señor de Blumendorf, fué digna y seria, pero dejaba concebir la esperanza de seguir viviendo en paz con Francia. En ella, se justificaban las órdenes comunicadas al general Bender y la necesidad de un concierto europeo en tanto que el rey aliado de Leopoldo estuviese amenazado por una fracción republicana y que Francia y las naciones vecinas estuviesen amenazadas por la anarquía popular, el mayor de los males que pueden afligir á una gran potencia. El emperador creia que mostrándose tranquilo y circunspecto hácia los franceses alejaría á estos de la guerra y así escribia, en 24 de febrero, á su hermana María Cristina: «Se cree que los franceses nos declararán la guerra, pero despues de mis últimas y decisivas manifestaciones, tengo para mí que renunciarán á tal idea.» Sus esperanzas se cifraban en el desacuerdo y el descontento que entre las clases reinaban y en la eficacia de la inevitable bancarota, sin sospechar hasta dónde pueden llegar las violencias cuando están rotos los últimos frenos de la moralidad. Federico Guillermo, por el contrario, estaba convencido de la imposibilidad de mantener la paz; las últimas noticias recibidas de Paris habian persuadido á los emigrados establecidos en Berlin de que el partido republicano se habia apoderado de la dirección de los negocios y queria la guerra á toda costa. Los emigrados se regocijaban al ver conseguidos sus deseos de que no se pactara con la Revolución. El rey de Prusia, mejor informado que el emperador de las intenciones que la zarina abrigaba respecto de Polonia, comprendió la necesidad de hacer todos los preparativos para una guerra, y Bischoffswerder fué el encargado de arreglar el asunto en Viena con el emperador (1). En 28 de febrero, llegó el general á la capital austriaca y al día siguiente Leopoldo se vió repentinamente atacado de una enfermedad, y falleció á las 3 de la tarde del día 1.º de marzo, no á consecuencia de las viruelas ni del veneno, como se quiso deducir de la corta duración de la enfermedad y de los síntomas que presentó, sino á consecuencia de un resfriado que originó un violento espasmo con fiebre reumática, de los que frecuentemente habia sufrido el emperador. Segun refiere el embajador

(2) La instrucción á Bischoffswerder se encuentra en Ranke, *Guerras de la Revolución*, Anales 4. No exponemos las negociaciones y la acogida que á Bischoffswerder se dispuso en Viena, porque quien dió los pasos decisivos fué el sucesor de Leopoldo II.

sajon, conde de Schönfeld, cuyo médico tomó parte en la consulta que se tuvo, el resfriado provino de un paseo que á caballo dió Leopoldo á Schönbrunn en compañía del príncipe Carlos Lichtenstein. Allí recorrió todas las habitaciones dando órdenes para las instalaciones de verano, y de regreso á la ciudad, á donde llegó en extremo fatigado, permaneció largo rato en su cuarto con la ventana abierta. El boletín del médico de cabecera, Langusins, consigna fiebre reumática «con ataque al pecho» y hace mención del vómito que tuvo antes de morir. El emperador murió asistido por su es-



Juan Bautista Alxinger

posa, cuya muerte ocurrió diez semanas despues, es decir en 15 de mayo. En 1.º de marzo, el archiduque Francisco anunció á las cortes extranjeras su elevación al trono como rey de Hungría y de Bohemia.

IV.—JUICIOS CRÍTICOS SOBRE LEOPOLDO.—CULTURA Y VIDA SOCIAL

Opiniones de los principales contemporáneos sobre Leopoldo.—El Austria frente de la Revolución francesa.—Literatura.—Blumner y Almanaque de las Musas de Viena.—El teatro de la ciudad.—Música: Mozart, Haydn.—Viena: vida social.

Si se tienen en cuenta la situación en que se hallaba entonces la Europa y la influencia que en ella ejercía el emperador, se comprenderá de cuánta trascendencia fué su repentina é inesperada muerte. Con él desaparecía el príncipe cuyo talento estaba muy por encima del de los demás príncipes europeos; un hombre que conocía á fondo los asuntos políticos y que tenia gran experiencia de ellos, hombre que procuraba cumplir formal y tranquilamente sus deberes de monarca, que no se dejaba llevar de las pasiones y que prefería conservar con todo el orden interior posible la herencia que sus mayores le habian dejado, á aumentarla por medio de atrevidas empresas. Leopoldo, durante su corto reinado, supo granjearse el respeto y la confianza de las potencias europeas y estaba indudablemente llamado á ser el jefe del movimiento contra Francia. No queremos hacer todas las conjeturas políticas ni exponer todas las probabilidades que podrian deducirse para el caso de que el reinado de Leopoldo hubiese sido de mayor duración; sin embargo, séanos

permitido hacer una pregunta: ¿qué éxitos no se hubieran conseguido á haberse mantenido la inteligencia entre Austria y Prusia, que era la creación mas importante de Leopoldo? Leopoldo era el hombre á propósito para contar con la amistad de Prusia y para llevar á cabo sin violencia la división de aquel reino podrido enclavado entre las dos potencias alemanas, porque era un verdadero político que sabia distinguir perfectamente lo accesible de lo inaccesible, lo apreciable de lo despreciable. Tambien hubiera sido de gran trascendencia para el ulterior desenvolvimiento de los sucesos en Europa la circunstancia de que Leopoldo, adversario de la reacción en Francia, despreciaba á los aventureros emigrados, y era partidario del progreso político, en cuanto este se fundara en lo existente y procediera sin aniquilar ni violentar las instituciones y fuerzas sanas. Nada hay tan ridículo como la afirmación de que Leopoldo fué el alma de la reacción contra las ideas de la Revolución francesa: pocos príncipes se sentaban en los tronos de Europa que fuesen tan partidarios y amigos de aquel movimiento siempre que tuviera por objeto dar al Estado una forma correctamente constitucional. Esto no obstante, ya se comprenderá que no habia de aprobar las violencias, brutalidades y anarquía en que degeneraron aquellas declamaciones de libertad. Lo que para el Austria significó Leopoldo creemos haberlo demostrado: él fué quien restauró, es decir, quien la salvó de la decadencia en que indudablemente se hubiera visto precipitada á haberse proseguido en la senda de tentativas centralizadoras abierta por José. Estudiando por analogía su actividad en Toscana, puede deducirse que Leopoldo no se hubiera detenido en el punto en que se detuvo si se le hubiese ofrecido ocasión propicia de introducir reformas administrativas aprovechando los factores constitucionales. Hoy que no faltan pretextos para empresas análogas, puede decirse que Leopoldo conocía á fondo las cualidades de su país y las condiciones bajo las cuales los distintos grupos de que constaba podian unirse en una vida orgánica que sin ser la que correspondía á un Estado completamente desarrollado podia llenar en cierto modo su misión.

Los contemporáneos del emperador le han juzgado de muy diversa manera, siendo los austriacos los que menos le han conocido y los que mas le han censurado. Uno de los hombres de Estado mas eruditos y de mas talento de aquella época, el presidente del Tribunal supremo de Cuentas y despues ministro, el conde Carlos Zinzendorf, hace en sus «Confesiones» las siguientes observaciones sobre él: «A la posteridad incumbe juzgar el modo de pensar y el proceder de Leopoldo II: los hechos están demasiado cerca de nosotros para que podamos formular un juicio crítico exacto sobre él. Era un príncipe bueno, humano, bondadoso, que no carecía de talento ni de penetración, pero era al propio tiempo pusilánime, débil, enemigo del trabajo, desconfiado y tímido. En Toscana gobernó conforme á principios excelentes, y á haber sido el inmediato sucesor de María Teresa, quizás hubiera implantado en Austria el sistema seguido en Toscana y hubiera seguido, con la sangre fria de un anciano, los buenos principios de su hermano, pero guardándose de atentar, como habia atentado José, al derecho de propiedad y de sacrificar la agricultura á los pequeños ensayos industriales de la capital. El desorden y la indignación que produjeron las reformas de su impaciente hermano, conmovieron el ya de por sí tímido carácter de Leopoldo II, de suerte que antes de llegar á Viena ya comenzó á dudar de los principios administrativos que hasta entonces habia seguido. Comenzó por prometer todo cuanto le pidieron y se creyó obligado á destruir todo lo que su antecesor habia creado, disgregando todo lo que este habia unido y multiplicando las corporacio-